

cana en Francia,—ese día verán que la presidencia de un «solo ciudadano» no conduce forzosamente á la monarquía.

Nueva York, Julio de 1872.

UNA TRAGEDIA GRIEGA

POR

UN POETA CUBANO

ARISTODEMO. Tragedia en cinco actos y en verso, por
JOAQUIN LORENZO LUACES. Habana : 1867

NECESITAMOS comenzar este juicio crítico afirmando que no entra en nuestro credo literario ningun espíritu exclusivo de sistema, y que, al contrario, por instinto y por convicción, hemos tratado siempre de dar á nuestros principios toda la latitud de que podían ser susceptibles, sin caer en el absurdo ó la extravagancia. No sentimos ciega predilección por ninguna forma de verso ó prosa, ni tampoco por esta ó aquella literatura. No nos contentamos con pensar, como Boileau, que todos los géneros, ménos el fastidioso, son buenos y aceptables; pensamos que todas las formas que caben en cada uno de los géneros, la nueva y la vieja, la indígena y la extranjera, la simple y la

compleja, son justas y respetables desde el momento en que un poeta, ó un escritor cualquiera, las cree oportuno aceptar para servir de expresion á sus ideas. Ideas indispensablemente esperamos; en cuanto á formas, aceptamos y discutimos todas, poniéndolas en parangon con las ideas de que son, ó deben ser, brillante ú honesta vestidura.

En la literatura dramática especialmente, en la cual guarda siempre la forma una relacion más directa y constante con la naturaleza del argumento de cada obra, son á nuestros ojos igualmente buenas todas las especies; y concedemos al poeta, en todas ocasiones, la libertad completa de escoger lo que más le cuadre, lo mismo la tragedia clásica, severa y escultural, inventada y perfeccionada por los griegos, ó el drama romántico con todos sus múltiples caracteres, ó la comedia realista de nuestros días con todo su prosaismo y toda la crudeza de sus escenas.

Consideramos preciso fijar este punto de vista ántes de empezar á ocuparnos del *Aristodemo*, pues sólo así se puede juzgar con imparcialidad una obra que en la mente de su autor muestra ser una tragedia *á la antigua*, griega en la forma, griega en el argumento y griega en el orden y distribucion de todas sus partes; una obra que es además un trabajo de conciencia cuidadosamente concebido y ejecutado, un alarde vigoroso de estudio y de meditacion, un esfuerzo generoso,

en fin, por elevarse más allá del círculo estrecho y gastado, dentro del cual giran casi siempre nuestros poetas.

El nombre de *Aristodemo* no es nuevo en la literatura dramática. Los poetas italianos mostraron siempre grande aficion por la terrible y lastimosa leyenda de ese rey de Mesenia; y apartándose más ó ménos del texto original de Pausanias, geógrafo del siglo segundo de la era cristiana, en su *Descripción de la Grecia*, lo han puesto en escena primero Dottori, luégo algun otro cuyo nombre no recordamos, y sobre todos despues el ilustre Vicente Monti.

Es una historia realmente trágica: en tiempo de la primera de aquellas tremendas guerras entre Esparta y Mesenia que acabaron por la destruccion completa de la última, cuando los mesenios, no vencidos aún, pero cruelmente estrechados, se habian encerrado en la inaccesible ciudadela de Ithome, determinaron consultar sobre el medio de salvarse al oráculo de Delfos, el cual les respondió que inmolasen á las divinidades del infierno una vírgen de la sangre de Epytos, bien escogida por la suerte, ó bien designada voluntariamente. La suerte señaló á la hija de Lysiscos, á quien su padre hizo huir inmediatamente de la ciudad, para librarla del espantoso sacrificio. Entónces Aristodemo, de la raza de Epytos tambien, y el guerrero más ilustre de la Mesenia, ofreció espontáneamente á su hija, que era

esposa prometida de un mesenio. Este, por salvar á su amante, proclama que siendo ya esposa y madre la hija de Aristodemo, no podia su muerte satisfacer el mandato del oráculo; pero el padre ultrajado por tan falsa acusacion, mata allí mismo y con sus mismas manos á su hija, y enseña al pueblo sus entrañas virginales. La voz del oráculo quedaba de ese modo obedida, y por algunos años cesó la guerra entre mesenios y espartanos.

Esta es la tradicion, tal como ha llegado hasta nosotros, y se ve que de ella puede muy bien formarse el argumento de una tragedia. Monti dispone la accion de su obra quince años despues del sangriento sacrificio, cuya relacion hace en magníficos versos por boca del mismo Aristodemo, y su tragedia tiene por principal objeto pintar los remordimientos de ese padre desnaturalizado, que, segun el poeta, arrastrado por la ambicion, cometió el bárbaro asesinato. Luáces, por el contrario, toma como base de su accion el mismo sacrificio, cuyo acto constituye la catástrofe de su tragedia.

Pero en el *Aristodemo* de Luáces hay mucho más de lo que encierra la tradicion, y en nuestro concepto lo que ha agregado no está de acuerdo con la noble sencillez que toda tragedia debe tener; contradice, y hasta destruye, el efecto que para ser verdaderamente trágico debiera producir el desenlace. La muerte de

Aretea (que así se llama la hija de Aristodemo), no es en la tragedia de Luáces la hazaña bárbara, pero grandiosa, de un padre fanático, á quien ciegan el amor de la patria y la piedad religiosa; además del padre cruel, y de la hija sumisa, y del amante desesperado, y del oráculo sanguinario, hay en la pieza de Luáces un personaje odioso y repugnante, que toma grande parte en la accion y le da un carácter de insigne maldad. Este personaje es Theon, sacerdote supremo de Júpiter.

Theon, ministro del Padre de los dioses y pisando ya los umbrales de la ancianidad, ha concebido una violenta pasion por Aretea; pasion de viejo, repugnante y criminal, porque él mismo habia sido quien en secreto habia bendecido el matrimonio de Aretea con el jóven mesenio Cleonte. De modo que ya el Sr. Luáces ha recargado la accion con dos nuevas circunstancias;— el amor senil del sacerdote, y el matrimonio de la hija de Aristodemo, el cual en vez de ser, como en la tradicion y en la tragedia de Monti, una mentira sublime que arranca la compasion, es una verdad que saben los esposos y sabe el sacerdote que los enlazó.

Theon, para vengarse del desden de Aretea, hace que los sacerdotes del templo de Apolo en Delfos, redacten la respuesta del modo que él quiere, y por eso pide el oráculo que se escoja por la suerte una vírgen de la sangre de los Apetidas, para ser sacrificada á los

Manes del infierno. Theon dispone tambien, á la vista del espectador, que el sacerdote inferior, Melas, que debe hacer el sorteo, lea el nombre de Aretea cualquiera que fuera el que realmente saliese. Melas cede, y ofrece cometer la traicion y el sacrilegio que le piden ; pero en el momento del sorteo, vacila, tiembla, y deseando leer el nombre de Aretea pronuncia el de Ifita, hija de Lisisco. Llega el momento del sacrificio y no se encuentra á Ifita, á quien su padre habia hecho desaparecer ; entónces Aristodemo, creyendo necesario señalar otra víctima, ofrece á su propia hija ; y cuando dice estas palabras :

Hija del corazon ! Los dioses crueles
En tan horrible situacion me han puesto....
¡ Muere por la salud de la Mesenia !

responde aparte Theon con estas, que marcan bien su carácter en la pieza :

[¡ Al fin se cumple mi feroz anhelo !]

Sin embargo, en tan crítica situacion el espectador sabe que hay un medio de salvar á Aretea. El oráculo pide una vírgen, y ella es la esposa de Cleonte. Este lo declara allí á la faz de todos, mas nadie lo cree ; sólo pueden confirmar su dicho Theon y Aretea. El sacerdote comete en la escena la última de sus infamias, negando la verdad del matrimonio que él mismo habia bendecido.—¿ Y Aretea ?—Desde el acto tercero,

Theon, por medio de otra mentira, le habia hecho jurar que nunca revelaria la verdad de su matrimonio, cualquiera que fuese la situacion ó el peligro en que se hallara, y el juramento habia sido por la Estigia, aquél que, segun los griegos, aterraba á los mismos dioses, y nunca se atrevian á relajar. Aretea, pues, lo niega tambien. Aristodemo quiere herir á Cleonte, y mata á su hija que se interpone ; Cleonte mata á Theon, y Aristodemo desesperado se arroja contra la punta de su espada y muere tambien.

Este desenlace, que inunda de sangre la escena, era sin embargo indispensable en el punto á que la accion habia llegado, y la repugnancia horrorosa que produce es el mejor argumento contra la idea del Sr. Luáces de introducir ese personage innecesario y detestable de Theon. Si el Sr. Luáces pensó que no bastaban para llenar la accion los tres personajes capitales del padre, la hija y el amante, debió haber desistido del argumento, ántes que decidirse á crear el del Sacerdote Supremo ; porque con esa agregacion la muerte de la hija, que en la mente del poeta es todavía un acto de heroismo y de piedad, no es ya en la accion más que la víctima de una red de crímenes é infamias urdida por el sacrilego sacerdote.

Theon, por consiguiente, no es un personage trágico. Sacerdote que no cree en la religion que sirve, corazon de cieno y alma de hiena, sin un solo movi-

miento de nobleza, y arrastrado además por una pasión feroz hacia una niña de veinte años,—todo esto compone una suma de horrores, excesiva para recaer en un solo personaje, horrores suficientes para llenar un tremendo melodrama. ¿Cómo, pues, había de poder añadirse todo esto á una acción, cuyo protagonista debe ser otro personaje, y cuya base era enteramente diversa, pues no se trataba de crímenes ni de infamias, sino de un sacrificio, que en las ideas de los griegos era un resultado natural del amor de la patria, y sobre todo del celo religioso!

El Sr. Luáces ha querido escribir una tragedia, á imitación de las obras del teatro griego, y del mismo género que las de Racine y de Voltaire, de Alfieri y de Monti; lo indican, sin dejar duda alguna, la distribución en cinco actos, la observancia fiel y estricta de las reglas de tiempo y lugar, que se llaman unidades clásicas, y por último la uniformidad y constante elevación del lenguaje, en versos endecasílabos asonantados. ¿Porqué, entónces, no se contentó con los rasgos fundamentales de la tradición, y fué á buscar fuera de ella otra complicación que, cuando ménos, había de comprometer el interés y efecto de la primera?—No hallamos respuesta á esta pregunta, pues no se nos dirá que la tradición en sí misma y sin zurrirle el poeta por su parte nada fundamental, no era bastante para una tragedia. Esta objeción es muy fá-

cil de desvanecer. Basta tener presente que Eurípides y Racine tuvieron suficiente para escribir una tragedia, que cuenta entre las mejores de cada uno, con sólo el sacrificio de Efigenia. Precisamente, para completar nuestra idea, y acabar de decir al Sr. Luáces de qué modo se aparta mucho su composición del modelo que los griegos inventaron, nos basta recordar esas dos tragedias que Eurípides y Racine intitularon *Efigenia en Aulida*. En ámbas el sacrificio de la hija de Agamenon es la única base de la acción, y bastan para llenar cinco actos inmortales, de constante y sublime poesía, la hija sacrificada, el padre fanático, la madre amorosa, y el amante, que en este caso es Aquiles, hijo de Peleo.—Esto mismo es lo que ofrecía la tradición para escribir una tragedia sobre Aristodemo.

Tal vez se piense que no es buen consejo, y mucho ménos buena crítica, vituperar á un poeta porque se haya apartado y haya huido de toda imitación de otros poetas, en asuntos parecidos y en que, por tanto, era fácil que lo acusasen de imitador. Pero para esto también creemos tener fácil respuesta, pues no decimos simplemente que el Sr. Luáces debió haberlo hecho; hemos demostrado que el camino escogido por él no es bueno, y al agregarle que, conformándose á la sencillez de la tradición, hubiera acertado mejor, le recordamos que eso mismo, en casos idénticos, habían

hecho dos poetas, que el Sr. Luáces sin duda reconoce como modelos. Además la tragedia hoy es un género puramente artificial, oratorio por decirlo así, y está admitido en ella tomar é imitar los argumentos de poetas anteriores. La *Efígenia en Aulida*, de Racine, tiene el mismo argumento que la de Eurípides; y no por eso deja de ser la primera una obra maestra, y Racine un gran poeta y el escritor moderno que en correccion, nobleza y elegancia más se aproxima á los griegos.

Escribir hoy una tragedia, como ésta, no es crear un verdadero poema dramático, es componer una serie de discursos en verso y variar sólo en la forma un tema viejo de veinte siglos por lo ménos. Las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, cuya imitacion feliz es la gloria de la literatura francesa del siglo XVII, son, junto con los poemas de Homero, la expresion más alta y completa de la civilizacion y del arte antiguo; pero el arte moderno no es eso. Quince siglos de lucha y de confusion variaron por completo el ideal que se nos habia trasmitido, y la humanidad se reconoce hoy más fielmente retratada en las ficciones de Shakspeare, que ocupa para los modernos el mismo lugar que ocupó Homero para los antiguos.

Habrá siempre, sin embargo, hombres de estudio y de reflexion que, saboreando con delicia las composiciones severas, sobrias y completas de la antigüedad, busquen el placer espiritual, íntimo y vivísimo, de ele-

vase alguna vez hasta la inspiracion sublime que produjo esas obras, componiendo un poema dramático conforme á sus reglas y sus principios. Esto es lo que han hecho y hacen en nuestro siglo muchos poetas, sin aspirar nunca á formar escuela; esto es lo que ha hecho hoy el Sr. Luáces, y por lo cual merecerá el aplauso de todos los que buscan en la literatura la expresion de la belleza, sin atender á tipos, ni á escuelas, ni á teorías exclusivas y tiránicas.

Más especialmente merecerá el Sr. Luáces aplauso y aprobacion de todos los que en Cuba amamos el arte, porque su nueva produccion es un nuevo esfuerzo que revela una escrupulosa conciencia de poeta, y los mismos defectos que contiene no son del número de aquellos de que, con frecuencia, se adolece entre nosotros. La versificacion del Sr. Luáces peca por el defecto opuesto á lo que en Cuba generalmente acontece. No se podrá decir al autor de *Aristodemo* que sus versos sonoros y musicales quieren disfrazar con la melodía la ausencia de las ideas; por el contrario, al leer su tragedia es imposible dejar de notar que son las cualidades musicales las que precisamente más falta le hacen. El mismo afan de evitar el lirismo palabrero lo ha llevado al otro exceso, y con pena se nota demasiado esfuerzo por parte del poeta. A veces la dureza y la falta de armonía llegan á un extremo verdaderamente exagerado, como en estos ocho ver-

sos, en los cuales se repite más de siete veces la sílaba
con :

Cansado de la lid y de mi triunfo
El sueño apenas conciliar consigo
Cuando pienso encontrarme con mis armas
En lo más alto del celeste Olimpo.
Allí, en *contra* y favor de la Mesenia,
Las diosas y los dioses divididos
En revuelta batalla *contendian*,
Conservándose el éxito indeciso.

Es difícil llevar más lejos el odio por la música ;
esto es prosa en el fondo y en la forma. Favorecen y
hacen resaltar además esta excesiva dureza la escasez
de imágenes poéticas y la afectada concisión, que son
otros dos caracteres de la versificación del *Aristodemo* :
los versos citados bastan para probarlo.

En cambio otras veces, cuando la energía y la con-
cisión á que sistemáticamente aspira el Sr. Luáces, se
unen á un momento de inspiración poética, compone
trozos mejores, como éste :

Desde entonces, ¡oh Cielos! desde entonces,
Por las Furias, sin tregua, atormentada,
Ni un instante consigue de reposo
La hija criminal... Ni mis plegarias,
Ni mis ofrendas, ni mi llanto pueden
Tranquilizar mi espíritu. Asustada
Me encuentro siempre, y al ligero ruido
Que forma en estas bóvedas el aura,
Me parece que el rayo del Tonante
Sobre mi frente criminal estalla.
En todas partes la terrible sombra

Contemplo de mi padre ; su mirada
Me llena de pavor, y su voz ruda,
Retumbando cual trueno en la montaña,
Me grita sin cesar : « ¡ Maldita seas,
Hija cobarde, corazón de esclava ! »

Hasta aquí teníamos escrito el mismo día en que
recibimos con sorpresa la noticia de la muerte del dis-
tinguido poeta, cuya obra analizábamos sin saber que
era la última que componía. Tan triste é inesperada
nueva nos obligó á suspender nuestro trabajo, y sobre
todo á aplazar por algunos días su publicación. Era
la hora de los elogios sin tasa, y en medio del senti-
miento universal podía parecer nuestra voz disonante
é importuna. Hoy lo publicamos tal como lo escribí-
mos, sin quitarle ni añadirle nada, juzgando ésta la
mejor manera de honrar la memoria de un poeta mo-
desto y estudioso, que cultivó la poesía con amor sin-
cero y con noble entusiasmo.

Hoy su carrera está terminada, sus obras forman
ya un conjunto, y podemos decir que el *Aristodemo*
no es su obra maestra. Luáces, por la naturaleza de
su talento vigoroso y elevado, pero poco flexible, no
tenía grandes disposiciones para el género dramático,
ni para ciertas especies del género lírico. Su inspira-
ción valiente, al mismo tiempo que contenida, no abra-
zaba de una vez muchos sentimientos, sino que mar-

chaba directamente á la expresion de uno solo, ganando en energía y vigor lo que perdía en variedad é interes. La admiracion y la indignacion eran los que se avenian mejor con su temperamento de poeta; y por eso son su obra maestra las odas *A Ciro Field*, *A Lincoln*, *A la caída de Varsovia ó de Misolonghi*, alguna otra por este estilo, y un hermoso canto al *Trabajo*, que premi6 ayer el Liceo de la Habana en sus Juegos Florales de 1867. El pobre Luáces no pudo vivir bastante para recoger el premio que se le otorgaba; pero al leer esa composicion, que debe ser la última que escribió, que es el canto del cisne, todos dirán, que la última palabra del poeta fué digna de su carácter, de su talento y de su vida entera.

Habana, Enero 1868.

WILLIAM H. SEWARD.

EL mes de Setiembre de 1876 fué en Nueva York el mes de las estatuas; el día seis se descubrió una de Lafayette, y el veinte y siete otra de Seward, ex-Gobernador del Estado de Nueva York, Senador de los Estados Unidos, y principal Secretario durante los ocho años de la Presidencia de Lincoln y Johnson. La de éste se encuentra en la esquina sud-oeste de la Plaza de Madison, el lugar tal vez más concurrido y hermoso de la ciudad. Es de bronce, como todas las demás de esta metrópoli, donde el mármol no se usa para ese género de monumentos; en primer lugar, porque es material mucho más caro; en segundo, porque en esta nuestra edad metálica, el bronce concuerda quizás mejor con el carácter general de las costumbres y las instituciones.

La estatua, bajo un punto de vista artístico, es mala, muy mala, casi merecedora de ser puesta al lado de las de Lincoln y Washington que aparecen en otra plaza. Es la más grande de todas; la figura sentada mide diez piés de altura, y si nos la imaginamos